

Clásicos Modernos

Una vida mágica

Los mundos de Chrestomanci

Diana Wynne Jones



ANAYA

1.ª edición: febrero 2015

© Del texto: Diana Wynne Jones, 1977

© De la traducción: Elena Abós, 2015

© De la ilustración de cubierta: Pau, 2015

© Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2015

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

www.anayainfantilyjuvenil.com

e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño: Gerardo Domínguez

ISBN: 978-84-678-7352-8

Depósito legal: M-34635-2014

Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*, publicada en el año 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Clásicos Modernos

Una vida mágica

Los mundos de Chrestomanci

Diana Wynne Jones



Traducción:
Elena Abós

ANAYA

Índice

1	11
2	25
3	39
4	52
5	70
6	86
7	100
8	115
9	126
10	140
11	155
12	170
13	184
14	205
15	222
16	244

Para Claire, Nicholas y Frances.

1

Gato Chant admiraba a Gwendolen, su hermana mayor. ■ 11
Era bruja. Además de admirarla, se pegaba a ella como una lapa. En su vida habían ocurrido muchos cambios y no le quedaba nadie más a quién aferrarse.

El primer gran cambio tuvo lugar cuando sus padres los llevaron a una excursión por el río en un barco de vapor. Se pusieron todos elegantes, Gwendolen y su madre con vestidos de seda blanca y lazos, Gato y su padre con trajes de domingo de sarga azul que picaba mucho. Era un día muy caluroso. El barco estaba abarrotado de gente bien vestida que hablaba, se reía y comía bígaros acompañados de finas rebanadas de pan blanco con mantequilla, mientras el órgano del barco de vapor entonaba cansinamente tonadas populares para que no hubiera manera de oír nada.

La verdad era que el barco estaba demasiado lleno y era demasiado viejo. Algo raro le pasó al timón y el barco dio un bandazo. Todos se vieron arrastrados contra un parapeto, que estaba ahí precisamente para que la gente no se

cayese, pero el vapor era tan viejo que se rompió en pedazos. Y toda la multitud bulliciosa, con su ropa de domingo, bigaros y todo lo demás, cayó por la borda. Gato recordaba la música del órgano y las palas dando vueltas en el aire. Las nubes de vapor que salían aullando por las tuberías rotas ahogaron los gritos de los pasajeros que caían al agua.

12 ■ Fue un accidente terrible. Los periódicos lo llamaron «el desastre del Rumbosa Rosa». Las mujeres, con las pesadas faldas pegadas a las piernas, no podían nadar. Los hombres, con sus trajes ajustados de sarga azul, no estaban en una situación mucho mejor. Pero Gwendolen era bruja y las brujas, según dice la leyenda, no se ahogan. Por eso, Gato, que se agarró a ella cuando el barco naufragó, también se salvó. Hubo muy pocos supervivientes.

Todo el país quedó conmocionado. La naviera propietaria del barco y la ciudad de Wolvercote se hicieron cargo de los funerales. Gwendolen y Gato recibieron trajes negros y pesados a cargo del erario público y siguieron la procesión de coches funerarios en un carruaje arrastrado por caballos negros ataviados con plumas negras en la testa. Iban acompañados por los demás supervivientes. Gato los miró y se preguntó si serían todos brujos y hechiceros, pero nunca lo supo. El alcalde de Wolvercote había establecido un fondo para los damnificados y llegaron donaciones procedentes de todo el país. Los demás tomaron su parte y se marcharon para empezar una vida nueva en algún otro lugar. Solo quedaron Gato y Gwendolen y, como no se les encontró ningún pariente, permanecieron en Wolvercote.

Durante una temporada fueron famosos. Todos los trataban bien y repetían que eran unos huerfanitos monísimos.

Los dos eran rubios y pálidos, con ojos azules, y les sentaba bien el negro. Gwendolen era muy hermosa y alta, mientras que Gato era bajito para su edad. Gwendolen mostraba una actitud muy maternal con él, y a la gente le resultaba conmovedor.

A Gato no le molestaba aquella atención. Compensaba un poco la sensación de vacío y soledad que le invadía. Las señoras le daban pasteles y juguetes, los concejales le preguntaban cómo se encontraba y el alcalde vino a visitarle y le acarició la cabeza. Además, les explicó que iban a ingresar el dinero del fondo en una cuenta en el banco hasta que fueran mayores. Mientras tanto, la ciudad se encargaría de su crianza y su educación.

—¿Dónde os gustaría vivir? —les preguntó amablemente.

Gwendolen contestó inmediatamente que la anciana señora Sharp, la vecina de abajo, se había ofrecido a acogerlos.

—Siempre se ha portado muy bien con nosotros —explicó—. Nos encantaría vivir con ella.

La señora Sharp se había portado muy bien. Ella también era bruja (el diploma colgado en su salita decía Bruja Certificada) y estaba muy interesada en Gwendolen. El alcalde pareció dudar. Como todas las personas que no poseían talento para la magia, no albergaba buena opinión sobre quienes sí lo tenían. Le preguntó a Gato qué le parecía el plan de su hermana. A Gato le pareció bien, pues prefería vivir en la misma casa de siempre, aunque fuese en el piso de abajo. Como el alcalde pensaba que había que contentar a los dos huérfanos tanto como fuese posible, dio su consentimiento. Gwendolen y Gato se instalaron con la señora Sharp.

Al volver la vista atrás, Gato pensó que a partir de aquel momento había sabido con seguridad que Gwendolen era bruja. Hasta entonces no había estado seguro. Un día que se lo preguntó a sus padres, ellos lo negaron con la cabeza y suspiraron con una expresión triste. A Gato le había sorprendido la respuesta negativa, porque recordaba el lío tremendo que se armó cuando Gwendolen le causó aquellos calambres. Y no se le ocurría cómo sus padres le podían haber echado la culpa a Gwendolen de eso, a menos que fuera una bruja de verdad. Pero ahora todo era distinto. La señora Sharp no lo consideraba un secreto.

14 ■ —Tienes verdadero talento para la magia, cariño —anunció, dedicándole una amplia sonrisa a Gwendolen—, y te estaría haciendo un flaco favor si te permitiera desperdiciarlo. Tenemos que conseguirte un profesor inmediatamente. Para empezar, no estaría mal que estudiaras con el señor Nostrum, nuestro vecino. Puede que sea el peor nigromante de la ciudad, pero enseña muy bien. Te dará una buena base, querida.

Resultó que el señor Nostrum cobraba una libra por hora en los cursos elementales y una guinea por hora en los cursos avanzados y superiores. Bastante caro, según la señora Sharp. Se puso su mejor sombrero con cuentas negras y acudió al ayuntamiento para ver si podía pagar las clases de Gwendolen con el dinero del banco.

Pero el alcalde se negó, con gran irritación de la señora Sharp, alegando que la brujería no formaba parte de la educación ordinaria. La señora Sharp regresó sacudiendo indignada las cuentas de su sombrero y con una caja plana de cartón que le había entregado el alcalde llena de trastos que

algunas señoras amables habían recuperado de la habitación de los padres de los niños.

—¡Prejuicios ciegos! —protestó la señora Sharp, soltando la caja sobre la mesa de la cocina—. Si alguien tiene un don, tiene derecho a desarrollarlo. ¡Y así se lo dije! Pero no te preocupes, mi amor —dijo al darse cuenta de que Gwendolen se estaba enfureciendo—. Siempre hay una manera de hacer las cosas. El señor Nostrum te dará clases gratis, si encontramos una manera de tentarle. Vamos a ver qué hay en la caja. Tus pobres padres podrían haber dejado algo que nos sirviera.

Dicho y hecho, la señora Sharp volcó la caja sobre la mesa. Era una curiosa miscelánea de cartas, lazos y recuerdos. A Gato la mitad de aquellas cosas no le sonaban de nada. Había un certificado de matrimonio que afirmaba que Francis John Chant había desposado a Caroline Mary Chant hacía doce años en la iglesia de Santa Margarita, en Wolvercote, y un marchito ramo de flores que su madre debió de haber llevado en la boda. Debajo de eso encontró unos pendientes deslumbrantes que no le había visto nunca puestos a su madre. El sombrero de la señora Sharp se agitó al agacharse rápidamente sobre ellos.

—¡Son pendientes de diamantes! —dijo—. ¡Tu madre debe de haber tenido dinero! Si se los diéramos al señor Nostrum... aunque recibiremos más por ellos si se los llevamos al señor Larkins.

El señor Larkins tenía una tienda de trastos viejos en la esquina de su calle, aunque no todo eran exactamente trastos. Entre los guardabarros de metal y la porcelana descascarillada había objetos bastante valiosos, así como

un discreto letrado que decía «Suministros exóticos», lo que quería decir que el señor Larkins también disponía de un surtido de alas de murciélago, salamandras secas y otros ingredientes para la magia. No había duda de que al señor Larkins le interesarían mucho un par de pendientes de diamantes. Los ojos de la señora Sharp se agrandaron, codiciosos y brillantes, cuando alargó la mano para coger los aretes.

Gwendolen extendió la mano al mismo tiempo. No dijo nada. Tampoco la señora Sharp. Las dos manos se quedaron inmóviles en el aire. Se percibía una lucha invisible y feroz. Hasta que la señora Sharp retiró la suya.

—Gracias —dijo Gwendolen con frialdad, y se guardó los pendientes en el bolsillo de su vestido negro.

—¿Ves a lo que me refiero? —dijo la señora Sharp, contentándose lo mejor que pudo—. ¡Tienes verdadero talento, cariño! —Volvió a examinar los contenidos de la caja. Había una pipa vieja, lazos, una ramita de brezo blanco, menús, entradas de conciertos y un fajo de cartas viejas. Lo cogió y deslizó el dedo pulgar por el borde—. Cartas de amor. De él a ella. —Dejó las cartas sobre la mesa sin mirarlas y cogió otro fajo—. De ella a él. No sirven para nada. —Gato observó cómo el pulgar malva de la señora Sharp se deslizaba por el borde de un tercer fajo de cartas y pensó que ser bruja debía de ahorrar mucho tiempo—. Cartas de negocios —dijo la señora Sharp. Su pulgar se detuvo y retrocedió—. ¿Pero qué tenemos aquí? —preguntó, deshaciendo el atado rosa y sacando con cuidado tres cartas. Las desdobló—. ¡Chrestomanci! —exclamó. Y, en cuanto lo dijo, se llevó una mano a la boca y murmuró algo. Se había puesto colorada. Gato notó que sentía sorpresa, miedo y

codicia al mismo tiempo—. ¿Cómo es que él le escribió a tu padre? —dijo en cuanto se recuperó.

—Vamos a averiguarlo —dijo Gwendolen.

La señora Sharp extendió las tres cartas sobre la mesa de la cocina y Gwendolen y Gato se inclinaron sobre ellas. Lo primero que le llamó la atención a Gato fue la energía de la firma:

Chrestomanci

Luego se fijó en que dos de las cartas estaban escritas con la misma letra enérgica que la firma. La primera tenía fecha de hacía doce años, poco después de la boda de sus padres. Decía:

■ 17

Querido Frank:

No te pongas así. Solo me ofrecí porque pensé que podría ser de utilidad. De todas formas, os ayudaré en todo lo que esté en mi mano, si me dices qué puedo hacer. Creo que tienes derecho a ello.

Tuyo para siempre,

Chrestomanci

La segunda carta era más corta:

Querido Chant:

Lo mismo te digo. Vete a la porra.

Chrestomanci

La tercera carta tenía fecha de hacía seis años y estaba escrita por otra mano. Chrestomanci solo la había firmado.

Caballero:

Hace seis años fue usted advertido de que podría llegar a suceder algo parecido a lo que me cuenta, y dejó usted muy claro que no quería ninguna ayuda de nuestra parte. No nos interesan sus problemas. Y esto no es una institución de caridad.

Chrestomanci

—¿Qué le diría tu padre? —se preguntó la señora Sharp, curiosa e impresionada—. Bueno, ¿qué te parece, cariño?

Gwendolen tenía las manos extendidas sobre las cartas, como si se las estuviera calentando en una hoguera. Los dos meñiques temblaron.

18 ■ —No lo sé. Siento que son muy importantes. Especialmente la primera y la última. Terriblemente importantes.

—¿Quién es Chrestomanci? —preguntó Gato. Era un nombre difícil de pronunciar. Lo dijo poco a poco, intentando recordar cómo lo había dicho la señora Sharp—. CRES-TO-MAN-CI. ¿Se dice así?

—Sí, así se dice. No te preocupes por él, mi vida —respondió la señora Sharp—. La palabra «importante» se le queda corta, cariño. Ojalá supiera qué le dijo tu padre. Por lo que parece, algo que no mucha gente se atrevería a decir. ¡Y mira lo que recibió como recompensa! ¡Tres firmas auténticas! El señor Nostrum daría sus ojos por ellas, cariño. ¡Estás de suerte! ¡Te dará clase a cambio de las firmas sin duda ninguna! Como haría cualquier nigromante del país.

La señora Sharp se puso a guardar alegremente las cosas en la caja.

—¿Qué tenemos aquí?

Un librito de cerillas se había caído de entre las cartas. La señora Sharp lo cogió con cuidado y con la misma cautela lo abrió. Estaba medio lleno de finas cerillas de cartón. Pero tres de ellas habían ardido allí mismo, sin que las hubieran sacado del paquete. La tercera estaba tan calcinada que Gato pensó que probablemente habría quemado las otras dos.

—Mmmm —murmuró la señora Sharp—. Creo que será mejor que guardes esto, querida. —Le pasó el paquete a Gwendolen, que se lo metió en el bolsillo del vestido, junto a los pendientes—. ¿Y qué te parece si tú te quedas con esto, cariño? —le dijo a Gato, al recordar que él también tenía derecho a algo. Le entregó la ramita de brezo. Gato la llevó en el ojal de la camisa hasta que se deshizo en pedazos.

■ 19

En casa de la señora Sharp, Gwendolen pareció crecer. Su pelo rubio se tornó más brillante; el azul de sus ojos, más profundo, y se la notaba más alegre y segura de sí misma. A lo mejor, Gato se encogió un poco para hacerle sitio, no lo sabía. No es que fuera infeliz. La señora Sharp se portaba tan bien con él como con su hermana. Los concejales y sus esposas les visitaban varias veces a la semana y le acariciaban el pelo en la salita de estar. Y los enviaron al mejor colegio de Wolvercote.

El colegio le gustaba. La única pega es que Gato era zurdo y los profesores siempre lo castigaban si lo pillaban escribiendo con la mano izquierda. Pero eso le había pasado en todos los colegios a los que había ido y ya estaba acostumbrado. Tenía muchos amigos pero, en el fondo, se sentía perdido y solo. Así que se pegaba a Gwendolen porque era la única familia que le quedaba.

Gwendolen se mostraba a menudo muy impaciente con él, aunque normalmente estaba demasiado ocupada y contenta como para enfadarse de verdad.

«Déjame en paz, Gato», le decía. «Será mejor para ti». Y entonces metía sus libros en una cartera y salía hacia la casa vecina para su clase con el señor Nostrum.

El señor Nostrum estaba encantado de enseñar a Gwendolen a cambio de las cartas. La señora Sharp le entregaría una por cada trimestre del año, empezando por la última.

—No todas a la vez, no se vaya a volver avaricioso —reflexionó—. Y le daremos la mejor al final.

20 ■ El progreso de Gwendolen era excelente. Era una bruja tan prometedora que se saltó el examen de magia de primer grado y pasó directamente al segundo. Justo después de las Navidades aprobó el de tercero y cuarto a la vez, y para el verano siguiente comenzó el curso de Magia Avanzada. El señor Nostrum la consideraba su alumna favorita, según le dijo a la señora Sharp desde el otro lado del muro del jardín, y Gwendolen siempre salía de sus clases radiante y feliz. Acudía dos tardes a la semana, con su cartera debajo del brazo, como otros iban a clase de música. De hecho, eso es lo que escribía la señora Sharp en los informes que redactaba para el ayuntamiento. Y como el señor Nostrum no recibía ningún dinero, nada más que las cartas, a Gato aquello le parecía deshonesto por parte de la señora Sharp.

—Tengo que guardar algo para cuando sea vieja —protestó ella enfadada—. Manteneros a los dos no me va a hacer rica, ¿a que no? Y no puedo confiar en que tu hermana se acuerde de mí cuando sea mayor y se haga famosa. Ay, Dios mío, eso está claro. No me hago ilusiones.

Gato sabía que probablemente la señora Sharp tenía razón. Y le daba un poco de lástima, porque se había portado muy bien con ellos. Él ya se había dado cuenta de que no era una bruja muy competente. Resultó que el título de Bruja Certificada que colgaba en la ventana de la salita de estar era en realidad la calificación más baja en el escalafón de los brujos. La gente solo acudía a la señora Sharp en busca de sortilegios si no podían permitirse acudir a las tres Brujas Acreditadas de su misma calle. La señora Sharp se ganaba la vida a duras penas sirviendo como agente para el señor Larkin, el de la tienda de trastos. Le conseguía suministros exóticos, es decir, los ingredientes más extraños que hacían falta para los conjuros, incluso desde la lejana Londres. Se sentía muy orgullosa de sus contactos londinenses.

■ 21

—Sí, hija, sí —le decía a menudo a Gwendolen—. Tengo muchos contactos, sí que los tengo. Conozco a gente que puede conseguirme una libra de sangre de dragón si yo se lo pido, aunque sea ilegal. Mientras me tengas a mí, no te faltará de nada.

Tal vez, a pesar de no hacerse ilusiones sobre Gwendolen, la señora Sharp confiaba en convertirse en su representante cuando se hiciera mayor. Al menos eso es lo que sospechaba Gato. Y sentía lástima por ella, porque estaba seguro de que Gwendolen se la quitaría de encima como a un abrigo viejo en cuanto se hiciera famosa y Gato tampoco tenía ninguna duda de que su hermana sería famosa. Así que le dijo:

—También estaré yo para cuidarte. —No le hacía gracia la idea, pero se sintió obligado a decirlo.

La señora Sharp se mostró muy agradecida y, como recompensa, organizó clases de música de verdad para él.

—Así el alcalde no podrá quejarse de nada —dijo. Siempre fue partidaria de matar dos pájaros de un tiro.

Gato empezó a tocar el violín. Creía que iba avanzando a buen ritmo y practicaba incansablemente. No comprendía por qué los nuevos vecinos de arriba daban golpes en el suelo cada vez que se ponía a tocar. La señora Sharp, que tenía muy mal oído, sonreía apreciativamente cuando tocaba, y le daba muchos ánimos.

22 ■ Una tarde estaba practicando tan tranquilo cuando Gwendolen entró hecha una fiera y le gritó un conjuro. Gato se dio cuenta, asustado, de que estaba sujetando un gato rayado por la cola. Tenía su cabeza encajada en el cuello y estaba frotando su espalda con el arco del violín. Lo dejó caer inmediatamente. Incluso así, le mordió debajo de la barbilla y le hizo unos arañazos terribles.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó. El gato se quedó mirándolo fijamente con el lomo arqueado.

—¡Porque así es exactamente como sonaba! —dijo Gwendolen—. No podía soportarlo ni un minuto más. ¡Ven gatito, gatito!

Al gato tampoco le cayó bien Gwendolen. Le arañó la mano que le ofrecía, a lo que ella respondió con un manotazo. El gato salió corriendo seguido de Gato, que gritaba:

—¡Que se escapa! ¡Es mi violín! ¡Atrapadlo!

Pero el gato se escapó y así terminaron las clases de violín. La señora Sharp se mostró impresionada con aquella muestra de talento por parte de Gwendolen. Se subió a una silla del patio y se lo contó al señor Nostrum a través del muro. Desde allí, la historia se propagó a todos los brujos, brujas y nigromantes del barrio.

El barrio estaba lleno de brujos. La gente que se dedica al mismo oficio suele agruparse. Si Gato salía por la puerta principal de la señora Sharp y torcía a la derecha en la calle Coven, además de las tres brujas acreditadas, pasaba junto a un: se ofrece necromancia, un quiromántico, un adivino y un hechicero verdadero. Si giraba a la izquierda se encontraba con: Don HENRY NOSTRUM, M.A.R.C., tutor en necromancia, una echadora de cartas, una hechicera para todas las ocasiones, una clarividente y, por último, la tienda del señor Larkin. En toda la calle, y varias calles a la redonda, se percibía el pesado aroma de la magia.

Toda aquella gente se tomó gran interés por Gwendolen. La historia del gato los impresionó. Lo convirtieron en su mascota y lo llamaron Violín, naturalmente. Aunque siguió siendo arisco, cascarrabias y antipático, nunca le faltó comida. Pero la verdadera mascota de todos era Gwendolen. El señor Larkin le hacía regalos. El Hechicero Verdadero, que era un joven musculoso siempre mal afeitado, salía de su casa cada vez que veía pasar a Gwendolen y le regalaba un caramelo. Todas las brujas se pasaban el día buscando conjuros sencillos para ella.

Gwendolen se burlaba de esos conjuros.

—¿Es que se creen que soy un bebé o qué? ¡Yo estoy muy por encima de estas cosas! —decía, tirando el último conjuro a la papelera.

La señora Sharp, que agradecía cualquier ayuda para su brujería, normalmente recogía el papel con el conjuro y lo escondía. Pero, un par de veces, Gato encontró uno tirado por ahí y no pudo resistirse a probarlo. Le hubiera gustado tener solo un poquito del talento de Gwendolen. Confiaba

en que algún día conseguiría hacer funcionar algún conjuro, que tal vez fuera uno de esos niños de desarrollo tardío. Pero nunca lo consiguió, ni siquiera su favorito, el que convertía los botones de latón en oro.

Los distintos augures también le hacían regalos a Gwendolen. El adivino le obsequió con una vieja bola de cristal y la vidente, un mazo de cartas. El quiromántico le leyó la mano, y Gwendolen regresó exultante y resplandeciente de aquella visita.

—¡Voy a ser famosa! ¡Me ha dicho que llegaré a gobernar el mundo si voy por el buen camino! —le contó a Gato.

24 ■ Aunque Gato no tenía la menor duda de que Gwendolen sería famosa, no veía cómo iba a dominar el mundo, y así se lo dijo.

—Como máximo podrás gobernar un país, si te casas con el rey —objetó—. Y el príncipe de Gales se casó el año pasado.

—¡Hay otras formas de gobernar, estúpido! —replicó Gwendolen—. El señor Nostrum tiene muchas ideas sobre mi futuro, para que lo sepas. Aunque la verdad es que hay algunos obstáculos. Primero, habrá un cambio a peor que tendré que sobrellevar, y después aparecerá un Desconocido Tenebroso, que parece una figura dominante. Pero cuando me dijo que gobernaría el mundo, sentí un cosquilleo en la punta de los dedos, así que sé que es verdad.

La confianza en sí misma de Gwendolen parecía no tener límites. Al día siguiente, la señorita Larkins, la clarividente, llamó a Gato a su casa y le ofreció echarle la buena ventura también a él.

Clásicos **Modernos**



Otros títulos de la colección

La cabina mágica

Norton Juster

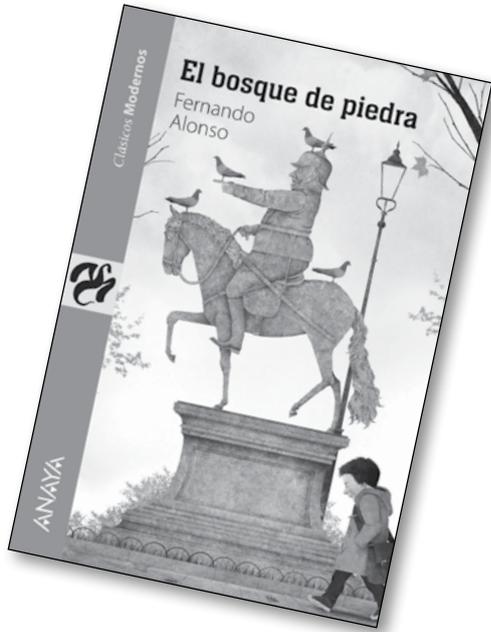


Cuando Milo entra en esa cabina mágica que lo transporta a un mundo tan distinto y a la vez tan parecido al nuestro, empieza a tener experiencias sorprendentes. De pronto, ese tímido muchachito de diez años, desgana-do y sin interés por nada, que piensa que «el proceso de adquisición de conocimientos es el mayor derroche de tiempo» imaginable, inicia un insólito viaje a través del Reino del Conocimiento. Y entonces descubre que la vida y la razón pueden ser tan estimulantes como no hubiera podido imaginarlo ni en sus más locos sueños infantiles.

Atrévete a entrar en esta cabina mágica, donde la poesía navega por un mundo imaginario, la lógica y la ilógica se confunden, y las palabras y los números discuten por su primacía. La diversión está asegurada.

El bosque de piedra

Fernando Alonso

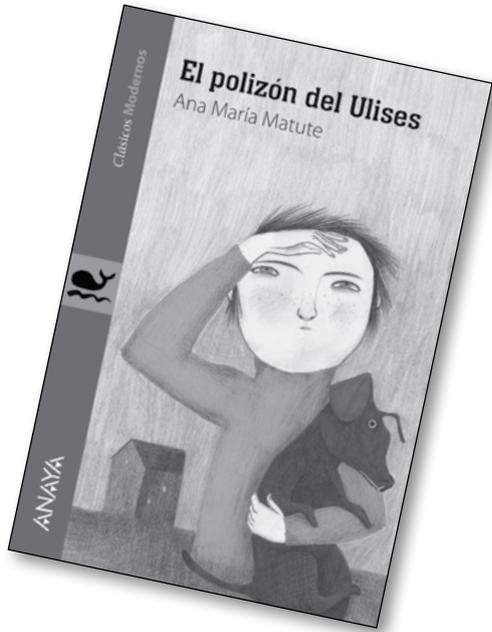


Dito tiene diez años y vive en una buhardilla desde la que se puede ver la catedral y las estatuas que la adornan. A Dito le gusta observar estas estatuas e imagina que conversa con ellas; así poco a poco va creando su propio mundo, su bosque de piedra. Su imaginación es tal que inventa cuentos inspirados en estas estatuas y se los cuenta a sus compañeros de clase, que lo escuchan con atención.

Pero vivir en el bosque de piedra no siempre tiene buenas consecuencias, conviene volver también a la realidad..

El polizón del Ulises

Ana María Matute



Tres hermanas solteras (Etelvina, Leocadia y Manuelita) encuentran un día a las puertas de su casa a un niño abandonado. Después de buscar a los padres sin éxito, las tres hermanas deciden adoptarlo y llamarlo Marco Amado Manuel, aunque todo el mundo lo conocerá por Jujú. Cada una de las tres hermanas se emplea a fondo en enseñarle al niño aquello que considera más importante en la vida para que se convierta en un hombre sabio, elegante y práctico.

Pero a Jujú lo que más le gusta es refugiarse en el desván para leer y leer. Allí creará su propio mundo con la compañía inseparable del Ulises.